

## GLOSARIO DE REVISTAS

### Cultura Femenina

En su número de marzo la «Revista de Occidente» publica un estudio de Jorge Simmel, sobre un tema propio del autor de la «Filosofía de la Coquetería»: La cultura femenina. Versa este nuevo ensayo del gallardo pensador alemán acerca del papel que corresponde a la mujer en la civilización contemporánea. Escribe Simmel en un lenguaje de filósofo muy coloreado de matices psicológicos, de sutilezas y diferenciaciones, y vamos a glosar en tosco romance las consecuencias más originales que se deducen de su largo escrito.

Para Simmel la cultura es también cuestión de sexos. Nuestra cultura y la de los cinco o seis mil años que nos es dado conocer en la historia, es exclusivamente masculina. «Son los hombres los que han creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el Estado y la religión», es decir, las formas típicas de nuestra sociedad. No existe una cultura «asexual», presentada en formas tan

abstractas, que en ella desaparezca esta dramática división de los sexos. (De las Ciencias sólo las Matemáticas pueden considerarse como «asexuales», «pero es que los objetos de la matemática no dan ocasión a que el intelecto reaccione de un modo distinto en el hombre que en la mujer»).

Las otras formas del pensamiento más movibles e impresionables son afectadas por esta diferencia: y si hubiere filosofía en algunas páginas de Santa Teresa, ésta sería orgánicamente diferente de la filosofía de Kant.

Entre Shakespeare y Safo hay una diferencia de constitución; a pesar de que todo gran artista parece hermafrodita por la manera como recoge el mundo. Agita las pasiones más diversas,—el «amor bonachón de provinciana parvenue de Ofelia», como decía Laforgue, o la maldad calculadora y sombría de una Lady Macbeth,—pero será el estilo, el «quid», algo misterioso y subjetivo lo que diferencie la obra del hombre del de la mujer.

George Sand se nos ocurre como ejemplo. De las escritoras del siglo pasado, ninguna sufrió como ella las influencias masculinas: por su actitud dominadora, osada, desnudamente sensual, cuando la vemos junto a hombres delicados e hiperestésicos como Chopin y Musset, ella parece el hombre. Las novelas de George Sand son como revistas de las actualidades de su época. Pueden distinguirse en su obra dos etapas. Las novelas campesinas animadas del «retorno a la naturaleza» que habían predicado Saint Pierre y Rousseau y con mayor retórica y cristianismo el vizconde de Chateaubriand, y las novelas sociales escritas como consecuencia de la agitación social de Francia en la época de Luis Felipe. George Sand fué socialista. Ella noveló los editoriales de «La Réforme» y las teorías de Saint-Simon, de Ledru-Rollin, de Louis Blanc. Sin embargo, ¡qué ingenuo, qué femenino nos resulta su socialismo! Debemos convenir con el autor de un compendio de historia en «que George Sand aceptaba demasiado fácilmente las ideas de sus amigos».

Hasta aquí todo va muy bien. Parece que distinguiéramos entre la obra masculina y la femenina, y si no en la esencia misma de las ciencias y de las artes, afirmáramos la posibilidad de que cuando menos en la expresión o la forma de éstas, la

mujer marcara su sello propio e inconfundible.

Pero Simmel nos hace sentir lo dramático de esta antinomia: no existe en el arte o en la ciencia un estilo o un método femeninos; aquí como en todo, la mujer permanece sometida al hombre.

Y he aquí la historia de la mujer que quiere participar en la cultura. Ella llega a un mundo creado por los hombres: en todo género de actividades intelectuales el hombre ha formado la tradición. Ella no puede improvisar formas nuevas. En Filosofía se encontrará con Aristóteles, Bacon, Kant, Comte, Spencer—guías de tendencias determinadas—; en literatura ¿cómo librarse del espíritu de Dostoievsky, del estilo de Flaubert? Y la labor de la mujer es asimilarse a una cultura ya hecha. De aquí dice Simmel que «en el arte la esfera propia de la mujer está constituida por las artes reproductivas: arte dramático, ejecución musical, el tipo sumamente característico de la bordadora, cuya laboriosidad y habilidad incomparables se aplican a las reproducciones de un modelo dado. En las ciencias es notoria la facilidad con que las mujeres reúnen y coleccionan datos; y en esta clase de labor llegan a sus más altos rendimientos con la profesión de maestra, que les permite conservar su independencia funcional transmitiendo



una tradición ya formada. En suma: dentro de la cultura actual la actividad femenina es tanto más eficaz cuanto que el objeto de su trabajo está impregnado del espíritu de esta cultura, es decir, del espíritu masculino. En cambio fracasa generalmente en la creación, es decir, cuando sus energías originales están dispuestas por modo diferente del masculino, tienen que verse en las formas que exige la cultura objetiva, es decir, la masculina. No es que se le niegue a la mujer capacidad creadora, sino que las realizaciones de todas las formas conocidas de la actividad intelectual están coordinadas en «profesiones de la manera más conveniente y adecuada a la capacidad del hombre, al ritmo e intención masculinos.»

Se habla mucho de la influencia de la mujer en la lírica moderna y hay ya en la literatura «una serie de mujeres que no tienen la ambición servil de escribir como un hombre, que no delatan por el uso de pseudónimos masculinos el desconocimiento total de las originalidades específicas de su sexo.» Pero aquí también las mujeres encuentran un idioma hecho y subsiste la contradicción de llenar las formas masculinas en un contenido femenino.» Hay ejemplos típicos de esta contradicción que Simmel se olvida de citar. No existe entre las grandes escritoras ninguna que equi-

valga en la novela a Flaubert y en la poesía a Lecomte de Lisle, nombres que escojo deliberadamente porque en ellos resplandecen estas cualidades características del hombre literato, que son el dominio de la forma, la técnica del estilo, la gradación y justa disposición de los elementos; lo que podría llamarse la sabiduría literaria. En las grandes escritoras la imaginación prevalece sobre la inteligencia. Casi todas nos hablan en la descuidada forma confidencial de Santa Teresa. Abundan los diarios, las memorias, las autobiografías psicológicas. El fervor religioso o humanitario, el amor y la rebelión sentimental son los principales determinantes de la literatura femenina. El fervor religioso engendra la mística, la monja; el humanitarismo, la maestra, la hermana de la caridad, la mujer que se indigna ante la esclavitud como la señora Stowe en los Estados Unidos o ante la iniquidad de las leyes—la «redentora de presos» como Concepción Arenal en España. La rebelión sentimental produce la «mujer que quiere vivir su vida», alimenta la literatura de una Rachilde, de una Colette. Si el alma femenina—dice Simmel—«de temple hartamente diferente a la del hombre quiere expresarse en las mismas formas que éste, ha de resultar aquí, por una parte cierto desabrimiento y por otra la

chocante impudicia que en algunas poetisas brota como espontánea de la discrepancia entre su ser y el estilo tradicional del lirismo.»

De las reflexiones anteriores pudiéramos deducir que la mujer aparece como descentrada, como inasimilada en la obra de la cultura contemporánea. Pero en sus «diferencias» se vislumbran muchas posibilidades. Desde luego, esta situación de sometimiento que ella ocupa en nuestras artes y ciencias acaso sea transitoria y termine por descubrir su misión específica. Ya hay muchas actividades intelectuales que se han enriquecido y parecen cambiar de rumbo bajo la influencia de la mujer. Ciencias como la medicina y la psicología, que requieren una sensibilidad fina, cierto desdoblamiento espiritual que permita al médico y al psicólogo ponerse dentro de sus «casos», parecen indicadas para las mujeres. Ellas reaccionan con mayor prontitud a los estímulos exteriores y son más capaces de la flexibilidad e impersonalidad que exigen estas disciplinas. A la pedagogía moderna lleva la mujer las intuiciones maravillosas de su desarrollado instinto maternal. La historia también necesita intuición: «siendo la historia en cierto sentido una psicología aplicada, la índole femenina puede constituir la base de producciones muy originales.

La mujer, por serlo, contiene una mezcla de igualdad y desigualdad con el objeto histórico en proporciones distintas de las del hombre, por lo cual ha de ver distintas cosas que el hombre.»

No concluye aún el estudio de Simmel. Se anuncia una segunda parte que comentaremos oportunamente. M. P. S.

### En torno al misterio de Juan Orth

Hace poco, en una de sus correspondencias la agencia americana de noticias «Associated Press» comunicaba la muerte de un individuo a quien se creía el famoso Juan Orth, nombre que tomó al abandonar el Palacio Real de Austria, el archiduque Juan Neporuck Salvador Habsburgo.

Brevemente resumida, la historia de este ser de sangre real es la siguiente: Juan Neporuck Salvador, archiduque de Austria, nació el 25 de Noviembre de 1852 en Florencia, (Italia), y fué el hijo menor del archiduque Leopoldo II de Toscana. Incorporado al ejército austriaco, llegó a obtener en él el grado de mariscal de campo y fué también comandante de una división. En 1878 tomó parte en la campaña de Bosnia. Un libro que escribió sobre cuestiones militares le puso en desgracia con la corte, debido a